



Interpretar el mundo desde el espíritu

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 13/11/2014)

No hay proceso de transformación posible sin interpretación. No hay experiencia espiritual posible sin interpretación. No hay energía vital sin interpretación. Porque la interpretación es “Comprensión en acción; es la inmediatez de la traducción”, como escribe en el libro *Presencias reales* (Destino) uno de los intelectuales más destacados de nuestro tiempo: George Steiner. Nacido en París el 1929, su origen judío será la base de su posterior conciencia crítica y humanística, con una obra que tiene como eje central el estudio literario y la defensa de las artes como el lugar de creación y libertad en busca de lo trascendente. Para Steiner el intérprete artístico es también el primer crítico y teórico, y esta reflexión también la podemos extrapolar al ámbito religioso, donde muchas veces la exclusividad interpretativa de los textos sagrados ha quedado relegada a determinados cargos, algo que ha traspasado al ámbito de la cultura. En contraposición a este elitismo, Steiner nos dice: “Cada ejecución de un texto dramático o una pieza musical es una crítica en el sentido más vital del término: es un acto de aguda respuesta que hace sensible el sentido. El crítico teatral por excelencia es el actor y el director que, con el actor y por medio de él, prueba y realiza las potencialidades de significado en una obra. Ni la musicología ni la crítica literaria pueden decirnos tanto como la acción de significado que es la ejecución... A diferencia del crítico literario o artístico y el juez académico, el ejecutante invierte su propio ser en el proceso de interpretación”. Esta conversación íntima del intérprete con aquello interpretado, también en la polifonía de los textos sagrados, se sitúa por encima de teorías intelectuales para poner en práctica lo que se está recibiendo. Un proceso que se convierte, volviendo a Steiner, en “un compromiso con el riesgo, una respuesta que es, en su sentido radical, responsable... Una responsabilidad que responde.” Por eso, todos los estudios del fenómeno espiritual y religioso, todas las interpretaciones de las Escrituras y otras recitaciones reveladas, todo comentario hermenéutico, tienen que provenir, en primera instancia, de esta experiencia interpretativa.

El texto que nos lee

El término “experiencia” es clave porque sitúa la interpretación más allá de lo que se juzga o se ve, pues incluye la práctica. Es decir, no se esconde en un discurso teórico ni se queda al margen. Steiner, en su autobiografía *Errata. Una vida a examen* (Debolsillo), nos habla del “clásico” (en

arte, literatura, música...) como una forma significativa que nos “lee” a nosotros. Dentro de esta dimensión clásica tenemos que situar los textos sagrados (de todas las tradiciones espirituales), los cuales, como en los clásicos de Steiner, nos leen más que nosotros a ellos, pues “cada vez que lo abordamos, el clásico nos interrogará. Desafiará nuestros recursos de conocimiento e intelecto, de mente y cuerpo”. Con los textos sagrados nos surgirán las mismas preguntas que nos plantea Steiner ante la obra acontecida clásica: “¿Lo has entendido?; ¿te lo has replanteado de verdad?; ¿estás preparado para actuar a partir de las preguntas, a partir de las potencialidades del ser transformado, enriquecido, que he planteado?”. A diferencia del clásico literario, pero, los textos sagrados son mucho más incisivos, como reconoce el propio Steiner: “Nada alimenta un odio tan profundo en nuestras conciencias como la revelación, forzada en nosotros, que nos quedamos cortos, que traicionamos ideales la validez de los cuales reconocemos plenamente (aunque sea de forma subliminal), que en realidad celebramos, pero la exigencia de la cual parece estar fuera del alcance de nuestras capacidades o voluntad. Nada se convierte en algo tan insoportable como que nos recuerden continuamente, eternamente se diría, aquello que tendríamos que ser y que tan obviamente no somos... Pero todavía pueden escucharse los antiguos preceptos de justicia total ahora y aquí. En bocas de errantes menospreciados, de locuaces vagabundos que Dios ha hecho enfermos sin cura de recuerdo y de futuridad”.

Tergiversar la palabra

Cuando la psicoanalista Marie Balmory conoció al monje Marc-François Lacan, hermano de Jacques Lacan, se adentró en un mundo donde la interpretación de la experiencia (central en el psicoanálisis) incluía también el ámbito religioso (“Nosotros, los no religiosos, que procedemos normalmente de la ciencia y de varios medios y movimientos muy alejados de las Iglesias, entramos en aquellos textos con interés y respeto. Desconfiando de sus traductores y comentaristas, confiamos en su misma letra, convencidos que dicen mucho más sobre el hombre que las teorías científicas o las doctrinas políticas que antes habíamos dado por buenas”). Aquellas primeras conversaciones entre los dos personajes han quedado recogidas en su libro *El monje y la psicoanalista* (Fragmenta), donde Balmory comparte los primeros resultados de un proceso interpretativo que la han convertido en una osada hermeneuta de los relatos sagrados con mucha difusión, en especial en Francia. Todo el libro es una invitación a iniciar el proceso de tomar conciencia de nuestra capacidad interpretativa, sin prisas ni prejuicios. Encontramos, también, una reflexión del monje Lacan que tiene que acompañar cualquier experiencia de este tipo: “Desde que leo las Escrituras, he adquirido una sólida experiencia en frases cambiadas... A menudo veo que aquello que solemos leer y retener de una frase muy importante, especialmente si es una frase divina, es una inversión radical. El sur en lugar del norte, el sí por el no, la muerte en lugar de la vida... ¿Por qué? Parece que cuando nos encontramos por primera vez con una palabra de verdad, empezamos por entender su sentido inverso.”